Melania Martínez Sánchez
Fotografías: Archivo Cofradía

DE AQUELLAS SEMILLAS, ESTE PAS DE L'HORT

D'AQUELLES LLAVORS, AQUEST PAS DE L'HORT

RESUMEN

En primer lugar, dar las gracias por la oportunidad de escribir unas palabras en estas páginas donde antes lo han hecho escritores, poetas y otros cofrades. Permitidme las referencias personales que haré en este artículo, ya que no sé hablar del Pas de l'Hort sin llevármelo a este terreno: el experiencial, familiar y sentimental.

PALABRAS CLAVE

Gracias, cofrades, paso del Huerto,

RESUM

En primer lloc, donar les gràcies per l'oportunitat d'escriure unes paraules en aquestes pàgines on abans ho han fet escriptors, poetes i altres confrares. Permeteu-me les referències personals que faré en aquest article, ja que no sé parlar del Pas de l'Hort sense portar-m'ho a aquest terreny: l'experiencial, familiar i sentimental.

PARAULES CLAU

Gràcies, confrares, pas de l'Hort,

Mis primeros recuerdos de la cofradía me devuelven ya unos treinta años atrás, rodeada de amigos, vecinos y de mi familia paterna. Los reencuentros el día del arreglo de pasos al vestir las imágenes en la *"ca la boja"*, la puesta a punto de nuestro paso y su trono… Cómo olvidar como, año tras año, Tere cocinaba y repartía con gran cariño sus buñuelos, o ese cierto nerviosismo de Miércoles Santo por la tarde ultimando los detalles antes de comenzar la concentración de pasos.

El ambiente que se respira estos días es realmente único. Las y los cofrades, con más o menos relación entre ellos durante el resto del año, se organizan a la perfección y colaboran unos con otros, trabajando en equipo, para que todo esté listo y en su sitio: la olivera, las luces, las flores, la banda de música, los faroles y el estandarte, los portacirios, las varas, las vestas…

Y, cómo no, para mí es imposible pensar en la Semana Santa y nuestra cofradía sin pensar en la Pensión Isabel, también conocida como la *"pensió de la Sunsio la Miralles"* (mi abuela). Un hogar desde tiempos remotos abierto a todas y todos, sede actual de las reuniones de la junta directiva, y que durante la semana grande crevillentina acoge una inmensa e intensa actividad.

La noche de Miércoles Santo para mí es muy especial porque es un momento donde nos reunimos toda la familia y otras personas allegadas, cenando juntas en esa gran mesa de mármol de la cocina donde todo el mundo es bienvenido y donde además se multiplica la comida porque siempre hay para todos, seamos los que seamos.



El Pas de l'Hort pasando por delante de la Pensión Isabel un Miércoles Santo por la noche

Cada Miércoles Santo la pensión reaviva y manifiesta su estrecha relación con la cofradía llenándose de vestas azules y capas rojas de toda la familia, poniéndonos a prueba para identificar cuál es la de cada uno y, he de decir, planchando algún cinturón a última hora, (mi tía María Isabel tiene un don para ello). Es noche de un gran ajetreo, de vestirnos al unísono y con asistencia mutua, los más rápidos siempre metiendo prisa a los más tranquilos: *Qué la processó ja ha eixit!*

Una de las muchas anécdotas que puedo comentar es cómo nos turnamos los diferentes componentes de la familia para hacer viajes al balcón, asomándonos a la Plaza de la Constitución para vigilar cómo va la procesión para que no se nos haga tarde; o nuestra especial forma de compartir los guantes para que los más blancos y relucientes sean los de la mano visible que va aguantando el portacirio.

Y lo que para nosotros empieza esta noche en la pensión acaba también allí mismo, con el Pas de l'Hort procesionando elegantemente al ritmo de la música, marchando por delante de su puerta entre miradas de devoción, rezos, peticiones al *Senyó* y una gran emoción, en muchas ocasiones recordando con cariño y añoranza a aquellas personas que nos faltan.

Las puertas de la pensión siempre están abiertas para acoger a los agarradores y cofrades tras la procesión. Una tradición con un cuarto de siglo de trayectoria que tiene sus orígenes después de que durante dos años consecutivos el anterior presidente de la Oración en el Huerto, Evaristo, invitara a los que fueron los primeros agarradores del paso a tomar algo en el Santuario, un establecimiento que por aquel entonces había en la Calle San Cayetano. Esta costumbre se gestó finalmente en el año 1998, cuando mi padre, Paco *El Miralles*, propuso trasladarlo a la pensión para continuar con esta iniciativa en mejores prestaciones y un coste inferior, dando lugar así a "El Chiringuito".



Mi abuela, Asunción Miralles Sempere, en la fachada de su casa (la pensión) y delante de la placa en agradecimiento a la familia en la conmemoración del 150 aniversario de la cofradía

Este hecho se da también Viernes Santo, día igualmente emotivo y de gran actividad que, además de por las dianas, las procesiones y los tres abrazos, viene marcado en nuestra cofradía por momentos como el chocolate de madrugada para los agarradores en casa de Tere Juan y por el mítico chocolate matutino de Mari Carmen Soler *en " ca la Carmeta"*, donde desde hace décadas se nos acoge tras acercar el paso a las cuatro esquinas, así como por el tradicional almuerzo de Semana Santa, entre otros tantos.

Pero la relación de mi familia con el Pas de l'Hort se remonta mucho



Mi abuelo, Francisco Martínez Candela portando el estandarte y junto a otros cofrades de la Oración del Huerto.



Mi abuelo Paco Martínez junto a mi padre Francisco y mis tíos María Isabel y Santiago.

más atrás y empieza cuando mi abuelo Paquito *el carpinté* era joven. Amigo de históricos cofrades como Evaristo Galvañ y Salvador Puig, y vecino del barrio donde siempre se ha guardado el paso, su hermano Manuel dice de mi abuelo, al que no tuve la suerte de conocer, que en la cofradía era "chico para todo", materializando los arreglos que requería el paso.

Mi abuelo inició en los años cincuenta una tradición familiar que hasta día de hoy perdura de generación en generación, portar el estandarte. Primero él, junto a su hermano Ignacio en alguna ocasión, y tras la muerte prematura de mi abuelo le siguió mi padre, que lo llevó desde los 15 años hasta el 1996, año en el que el paso comenzó a ser portado por costaleros y momento en que mi tío Santiago cogió el relevo.

Entre los recuerdos de mi padre está un incidente que ocurrió el año 1977, el último que mi abuelo procesionó, cuando el paso todavía iba con ruedas. Era una noche de Miércoles Santo y al llegar a la Calle San José no había gente suficiente para empujar el paso y poder subir la cuesta sin dificultad, por este motivo los tres cofrades que iban con los faroles y el estandarte se los cedieron a los tres jóvenes más altos que había detrás para ellos poder ayudar a impulsar el paso. Ese fue el primer día que mi padre cogió el estandarte.

Años después -comenta mi padre- cogieron el relevo de *les agüeles* Evaristo Galvañ, José Belmonte y Tano Fabregat, quienes desarrollaron un importante "trabajo de hormiguitas" para reunir a nuevos cofrades, algo que junto a la tarea de otras muchas personas ha posibilitado que esta situación narrada anteriormente no se haya vuelto a dar.

Y es que el Pas de l'Hort es también eso, espíritu de solidaridad y fraternidad, tradición, amistad, compromiso, las unas con los otros y viceversa. Qué cada vez que veamos nuestro paso, los apóstoles dormidos nos recuerden la importancia de que estemos despiertos y vigilantes en nuestro día a día, pendientes de aquellas personas que nos rodean, en actitud de ayuda y acogida. Qué en momentos de angustia, miedo o sufrimiento de las demás estemos presentes, con las manos abiertas como Jesús, manifestando disponibilidad, resguardo, consuelo.

Sirva también este artículo para mostrar mi enorme gratitud a todas las personas que han participado y colaborado en la cofradía durante estos 152 años. A los labradores crevillentinos que con su esfuerzo, trabajo e ilusión consiguieron reunir los recursos suficientes para hacer posible nuestra imaginería y que se incorporara a nuestra Semana Santa, de la mano de Riudavets. Ellos son los que sembraron las semillas de nuestra cofradía en tierra fértil para que germinaran; desde entonces están siendo nutridas por sus descendientes y el resto de cofrades.

A mi generación, a las que nos prosiguen y a las futuras: animarles a que continúen haciendo que estas mismas semillas sigan floreciendo y a colaborar, de una forma u otra, con el objetivo de que la cofradía continúe siendo un espacio común de encuentro, unión, tolerancia, fe, generosidad y amor hacia los demás.

Mi agradecimiento especial a todas las mujeres ligadas al Pas de l'Hort, abuelas, madres, hijas, hermanas, no conocemos el nombre de muchas de ellas pero, sin duda, su labor ha tenido un valor y una importancia vital para que nuestra cofradía siga cumpliendo años y haciendo historia; siendo referentes en el cuidado, la solidaridad y la creación de hermandad, en ocasiones actuando desde un segundo plano pero eternamente ejerciendo un papel esencial.

Y por supuesto, mi agradecimiento a toda mi familia, especialmente a mi padre, por ser un modelo de lucha y apuesta por la vida y por entregarse en cuerpo y alma a la cofradía, trabajando con todo su cariño desde el respeto y servicio a los demás, desde el acuerdo y la inclusión, donde todas las voces son importantes. Y a mi abuela, por ser ejemplo de vida cristiana y entregar lo mejor de sí misma cada día a los demás, a pesar de todo y a cambio de nada.

Mateo 13, 3-9

«El sembrador salió a sembrar. Al esparcir las semillas, algunas cayeron al borde del camino y los pájaros las comieron. Otras cayeron en terreno pedregoso, donde no había mucha tierra, y brotaron en seguida, porque la tierra era poco profunda; pero cuando salió el sol, se quemaron y, por falta de raíz, se secaron. Otras cayeron entre espinas, y estas, al crecer, las ahogaron. Otras cayeron en tierra buena y dieron fruto: unas cien, otras sesenta, otras treinta. ¡El que tenga oídos, que oiga!».